Querido lector:

Bienvenido de nuevo a Muriath. Ha pasado ya un tiempo desde nuestro último encuentro en la cuarta parte de *El despertar de Osharan.*

En *Las cenizas del mundo…*

Kishur y Alhanna emprenden un nuevo viaje en compañía de Osharan, lo que propicia un cambio en la relación entre el dárico y la joven, pues ella detesta al Dragón y no desea que el dárico luche en su nombre. Se dirigen hacia el Vacío para luchar contra los Olvidados, pero en el camino encuentran varios obstáculos que ponen en peligro la misión del actual Guerrero. Conocen a Rory cuando se alojan en su aldea y la mujer se une a ellos para ir a Sílfhades, donde el dárico pretende tomar un barco. Mientras pasan la noche en el pueblo, Alhanna pierde por completo el control de su poder de devoradora. Kishur logra detenerla al usar la Canción de los soñadores, pero sabe que eso no bastará la próxima vez. Osharan le arrebata a Alhanna casi todo su lanfe para impedir que se destruya a sí misma y ordena a Trivaz que le enseñe el uso de la endomia. En su intento de protegerla, Kishur acaba por enfrentarse al Dragón y este le muestra quien es en realidad la joven: la reencarnación de la diosa Khaleria.

No será el único que descubra el secreto, pues los dioses, cansados de los misterios que los rodean, acorralan a Trivaz y lo obligan a hablar.

Eltsay se reencuentra con sus compañeros mientras estos luchan contra un grupo de demonios que van a la caza del dárico gris. También lo persigue el Testigo, que le habla a través de Rory para intentar apartarlo de Osharan. Cuando el Dragón se entera de todo, le ordena a Kishur ir al lado inmortal para dar muerte a

dicho ser. Es aquí donde el grupo se separa de Rory, quien cae en las garras de Lumiatz cuando esta se da cuenta de que la mujer se ha acostado con Kishur.

El dárico y Alhanna descubren que el Testigo está ayudando a los Olvidados. El Dragón le da muerte para impedir que siga manipulándolos; sin embargo, el lanfe del Testigo ocupa el cuerpo de su acólito para mantenerse con vida. Al regresar al lado mortal, lo hacen alejados de Sílfhades, por lo que deben retomar el viaje sin contar con un barco. En el Páramo de Bal, los Olvidados atacan al dárico gris y el Dragón acude en su ayuda, otorgándole además la protección de tres demonios. Poco después, Lumiatz, movida por los celos y la cólera, intenta dar muerte a Kishur. Osharan consigue salvarlo una vez más y el dárico acaba en el mundo de Hagnak solo para descubrir que este murió en el pasado y que su lanfe sigue a la deriva en busca del descanso eterno. Cuando el dárico se recupera, se da cuenta de que el Dragón ha cambiado partes de su cuerpo, y que ahora puede ver la energía del mundo con su ojo izquierdo.

En ese momento, Lumiatz asesina a Rory frente a Alhanna y esta toma la energía de la Jistar para hacerle frente, lo que hace que acabe de nuevo en el lado inmortal. Su camino y el de Kishur se separan en ese instante.

Mientras tanto, Quiazz se esfuerza por recuperar su vida en la ciudad. Encuentra una lista elaborada por su padre con los nombres de hijos bastardos de los Nel. Todos han muerto o desaparecido, menos una chica llamada Oxa. Quiazz da con ella al mismo tiempo que su relación con Gastor se rompe. El general pretende convertirse en rey y el joven lo impide postulándose también a la corona. Con el apoyo del Norte, emprende una lucha por el poder, a pesar de no desearlo. Debe enfrentar además sus sentimientos hacia Gastor, cada vez más confusos. Quiazz sufre dos intentos de asesinato, pero es en el primero en el que su vida peligra de verdad cuando una flecha atraviesa su pecho y Gaelos debe acudir a salvarlo. En ese momento, Quiazz tiene una visión

en la que se encuentra en Zahel junto a Alhanna, y ambos comprenden que nada evitará que acaben allí.

Las heridas de Quiazz propician que caigan varios de los monolitos que componen el sello de Zahel. Los zarefíes que aún viven en Falar-Shan deciden iniciar su invasión en tierras de humanos. Su rey, Shaen, desea vengar todas sus desdichas y acabar con el dárico gris.

De vuelta a Marial-Pat, Quiazz acaba por descubrir que ama a Gastor, pero no le resulta fácil acercarse de nuevo a él. Lo hace cuando la guerra con los kalastys es inminente y se entera de que es Lumiatz quien los comanda.

Kishur y los dáricos llegan a Marial-Pat, pero no consiguen coger un barco porque Gastor ha cerrado los accesos. Los kalastys cercan la ciudad y quedan atrapados allí. Por si fuera poco, cuando la lucha comienza, los kalastys reciben el apoyo de los dragones grises. El grupo de Kishur trata de alcanzar uno de los túneles de evacuación, pero se separan de Ghiro y Eltsay. El joven hajaek muere al salvar a unos humanos de las fauces de un dragón y el anciano queda gravemente herido. Kishur, por su parte, se enfrenta a Rhiot, el general kalasty, y Drafgaen, líder de los dragones. Pero Hagnak interrumpe la lucha entre ellos y los arrastra a su mundo, donde le recrimina a Kishur que se haya convertido en el nuevo Guerrero.

Todas las grandes ciudades sufren el ataque de los kalastys y los dragones. Runna es arrasada por completo, aunque su gente logra salvarse gracias a la evacuación por parte de la comandante Halan. Sílfhades desaparece junto a toda su población, y tanto Alviat como Fraem-Lab resisten la embestida de sus enemigos con el coste de muchas vidas.

Al mismo tiempo, Alhanna despierta junto al Lashvaeg y conoce a Záfira, uno de los seres Olvidados. Tiene que pasar por una dura prueba impuesta como castigo por el Dragón, y lo hace para recuperar su lanfe y descubrir que su existencia peligra si no acude a Zahel. Osharan la conduce junto al portador de muerte, por

lo que la joven llega a la ciudad en medio de la batalla. Los dragones asolan Marial-Pat con su fuego blanco. Junto a Quiazz, tiene un extraño encuentro con varios dragones grises que desean sacarla de allí para ponerla a salvo. De inmediato, la joven siente una fuerte conexión con ellos. Observa con estupor la irrupción de Osharan bajo su verdadera forma y cómo arrasa con las criaturas grises. Alhanna vuela a lomos de uno de ellos para impedirlo, y consigue tomar el lanfe de todos los dragones y encerrarlos en su interior para evitar que Osharan destruya su existencia. Sin más presas a las que aniquilar, Osharan se dirige a los acantilados en busca de Lumiatz y sus hermanos.

El Dragón Negro se enfrenta a los dioses en una cruenta batalla, mientras Alhanna recibe la visita de Jaeglar, el antiguo maestro de Kishur. El Olvidado le cuenta la verdad sobre Raehlan y de como Osharan lo creó a partir del lanfe y los huesos de Hagnak con la intención de devolverle la vida a su hijo. El descubrimiento enfurece a Alhanna, quien usa todo su poder para interponerse entre Osharan y los dioses, logrando parar la lucha.

Alhanna despierta junto a Quiazz, rodeada de heridos y una ciudad en ruinas. La presentan como la salvadora, lo que disgusta a la joven. Cuando se encuentra con Kishur, es arrastrada al mundo de Hagnak. El antiguo Juez le pide de forma indirecta que mate al dárico para recuperar su lanfe, por lo que ella se horroriza. Una vez de vuelta, se enfrenta a Kishur y le asegura que luchará en el Vacío como aliada de los Olvidados, dando pie a que el dárico se convierta en su enemigo.

PREFACIO

Hagnak desapareció y el mundo quedó desolado y dividido por la furia del Dragón. Este se dedicó durante largas ágaras a buscar con feroz ahínco a Khaleria, sin importarle cuanto arrasara para conseguirlo. Persiguió a la diosa por todos los rincones de Muriath mientras sus habitantes lamentaban la desaparición de Hagnak y la desesperación los gobernaba. Los gemelos Trivaz fueron los encargados de enterrar su cuerpo, con el Orfebre como único testigo. Eligieron los hermosos jardines de Falar-Shan para el descanso del Guerrero. No le pusieron nombre a la tumba, pues nadie debía descubrir la verdad sobre su muerte; así lo quiso su padre, quien se negaba a aceptar la pérdida. Una vez hubo acabado con Khaleria, Osharan convirtió los jardines en un valle plagado de altos monolitos que rodearon la tumba. Y encerró algo terrible en la torre de Zahel.

El Orfebre y los hermanos Trivaz creyeron que el Dragón encontraría el mundo de Hagnak para liberar su lanfe y conducirla al mundo venidero. Que le concedería el descanso eterno, tal como fue siempre el deseo de su hijo. Pero Osharan tenía otros planes. Ordenó a los demonios extraer los huesos de Hagnak de su tumba y llevarlos al trono desde el que había gobernado el mundo. Obedientes, lo hicieron, pero dejaron allí algo importante: su calavera.

Depositaron los huesos envueltos en una delicada manta hecha con hilos de plata y los cubrieron de flores blancas. La Oscuridad que anidaba allí comenzó a descender de las paredes rocosas y a deslizarse por la superficie. Los demonios no osaron moverse, pues sabían que a ellos no los devoraría. Aquella masa viscosa anegó la

gran estancia, reptó por el trono, y cubrió los restos de Hagnak. Mientras tanto, Osharan alzaba la mano con la que sostenía un cristal del tamaño de una manzana y que brillaba con una luz grisácea.

Lo rompió y la energía que encerraba fue consumida por el bulto oscuro que ya se agitaba sobre el trono, como si algo despertara en su interior. Los demonios sintieron espanto, pues enseguida advirtieron que Osharan trataba de crear una nueva criatura con la porción de lanfe robada del mundo de Hagnak. El chillido agónico que escapó de la Oscuridad los dejó sin aliento. Toda la montaña pareció estremecerse. El dolor traspasó el manto espeso que cubría los huesos.

La Oscuridad comenzó a retroceder y a desaparecer entre las rocas. Cuando se retiró del trono, dejó al descubierto el pequeño cuerpo de un infante, de piel rosada y manos diminutas, que se agitaban frente a su boca. Tenía el cabello y los ojos negros, igual que la noche más profunda. Los dos Trivaz se acercaron con curiosidad.

—¿Ha nacido de la Oscuridad? —preguntaron a la vez, mezclando sus voces.

Osharan se acercó para observar con atención a su nueva criatura. Fue entonces cuando comprendió que los demonios lo habían engañado, y que el infante había nacido mortal. El aire se agitó violento a su alrededor y la ira ensombreció su rostro. Dirigió la mano derecha hacia los dos Trivaz y los lanzó contra una de las paredes rocosas mientras la Oscuridad volvía a emerger para rodear sus cuerpos.

—¡Hagnak quería el descanso eterno! ¡Le prometimos que lo ayudaríamos! —gritó uno de ellos con desolación—. ¡Dejamos su calavera para evitar su inmortalidad!

El Dragón rugió encolerizado y los sometió con fuerza contra la piedra al mismo tiempo que les arrancaba el lanfe. Lo habían traicionado e iban a pagarlo con su existencia. Entonces, el infante comenzó a llorar desesperado y con una potencia sobrecogedora, y el Dragón se detuvo al instante. Olvidó a los demonios, que

cayeron derrotados al suelo, y fue junto al recién nacido. Acarició su delicado rostro y este dejó de llorar al instante. El pequeño lo miró con los ojos anegados de lágrimas y aferró uno de los dedos del Dragón entre sus manos.

—Dadle un nombre, pues ha nacido mortal por vuestra culpa —ordenó sin mirar a los traidores. El timbre cavernoso de su voz hizo sonreír al infante.

Los demonios, débiles y asustados, se acercaron con cautela, sabedores de que Osharan no les devolvería el lanfe que acababa de arrebatarles. Compartían hasta el más mínimo pensamiento, así que el nombre surgió al unísono de sus bocas: «Raehlan», que significaba renacer. En el fondo de sus corazones lamentaron lo que habían hecho, pues ese pequeño moriría algún día, pero en el pasado prometieron a Hagnak ayudarlo a ir al mundo venidero, de la forma que fuera; Raehlan descansaría allí tras su muerte.

Lo que ellos ignoraban era que Osharan aún tenía otros planes para su hijo.

Puesto que hasta los demonios inferiores serían más poderosos que Raehlan, el Dragón creó la Jistar con su propio lanfe para encerrarlo en el lado que habitarían los mortales. Y no satisfecho con eso, borró los recuerdos de dichas razas para que olvidaran el pasado que habían compartido con los seres inmortales, y a estos los obligó a abandonar sus hogares para ir al otro lado de la barrera. Transformó el mundo para proteger la vida de Raehlan y ordenó a los Trivaz que lo dejaran a cargo de los dáricos. Sin embargo, cuando creció y fue herido de muerte en Fraem-Lab, Osharan comprendió que necesitaba mucho más para protegerlo. Lo convirtió entonces en rey, en el mortal más poderoso de todos. Volvió su cabello de color gris, para que toda criatura, en cualquier parte del mundo, fuera capaz de reconocerlo. Le otorgó el mismo tono que tuvieron los ojos de Hagnak y el cabello de Khaleria. Comenzaron a llamarlo «el dárico gris».

Osharan aguardó la muerte de Raehlan y le impidió ir al mundo venidero. Le confió la labor de renacer una y otra vez para

esperar el regreso de Khaleria. Luego, hastiado del mundo y para evitar volver a la Oscuridad y condenar a Muriath, el Dragón Negro se marchó a dormir. Lo haría hasta que el poder de Khaleria regresara.

Los Trivaz también aguardaron. A que Raehlan recordara, a que se enfadara.

Primera parte

Marial-Pat

La ciudad despertaba a un nuevo amanecer, el quinto tras la terrible batalla. El hedor a carne quemada persistía en las calles, se pegaba a las piedras de los edificios. Muchos no eran más que ruinas. Continuaban desenterrando cuerpos, aplastados a causa de los derrumbes, destrozados por las garras de los dragones, y en su mayoría calcinados por el fuego blanco. La sangre anegaba los rincones de Marial-Pat. La de humanos, kalastys y dragones, porque estos tampoco se habían librado de la muerte. La plaza del Obradorio albergaba a cientos de personas bajo las carpas. Los médicos estaban exhaustos. De allí escapaban los llantos y lamentos de los heridos, y de los familiares que al buscarlos solo encontraban cadáveres. El silencio enraizaba en los corazones de la gente al paso de los carros que cargaban con ellos. Todos enmudecían al oír el traqueteo de sus ruedas contra los adoquines.

La posada guardaba el mismo silencio. Los empleados no habían regresado y era posible que jamás lo hicieran. Ahora los dáricos parecían los dueños del lugar. Ghiro había aparecido al segundo día, justo cuando Kishur comenzaba a perder la esperanza de encontrarlos a él y a Eltsay con vida. Ádria fue quien localizó al anciano a las afueras de la ciudad junto a una tumba. Había depositado allí los restos de la armadura de Eltsay y ya no tuvo fuerzas para volver a la ciudad. Ádria tuvo que cargar con él porque sufría graves heridas y estaba muy débil. Apenas se mantenía en pie por sí solo.

«Eltsay ha tenido una muerte horrible, una que no merecía», anunció Ghiro nada más entrar en la posada. Luego, dejó sobre la

mesa un pañuelo que contenía las cenizas del hajaek y se derrumbó en brazos de Kishur.

La noticia sobre la muerte de Eltsay los dejó a todos conmocionados, no estaban preparados para perder a otro compañero de ese modo. Mayara lanzó una silla contra la pared mientras estallaba en lágrimas. Por una vez, abandonó toda su contención y no le importó desmoronarse frente a los demás. Ádria la estrechó en un fuerte abrazo, en un intento de mitigar la pena que él mismo sentía. Alhanna lloró amargamente y acabó encerrándose todo el día en su habitación. Kishur permaneció junto a Ghiro, era lo único que podía hacer por el anciano, ninguna palabra suya le habría ofrecido consuelo.

Trataron las heridas de Ghiro y lo mantuvieron en estrecha vigilancia por si su estado empeoraba. No lograba reponerse; permanecía abatido y con la mirada ausente.

—Debimos continuar nuestro viaje sin entrar en Marial-Pat. La ciudad ya estaba condenada —le dijo Kishur a solas—. Mis decisiones siempre acarrean desgracias a los demás.

—Fui yo quién os pidió que aceptarais a Eltsay como vuestro hajaek. Lo hice para apartarlo de mi descendiente, en quien ejercía una gran influencia. Quise impedir que interfiriera en sus estudios, pero me equivoqué. —Miró a Kishur con gran pesar—. Si debemos buscar responsables de lo sucedido, culpemos a los malditos dioses. Son ellos quienes nos han traído las desgracias que padecemos.

La rabia y el dolor del anciano hicieron callar al dárico gris. No encontraba las palabras adecuadas para responderle, solo deseaba que esa desolación que reflejaba en su rostro desapareciera. Pero, ¿quién era él para pedirle que se repusiera? Encerró en una mano el cristal hecho con las cenizas de Alfar que siempre llevaba en la cadena. Al final, todos acabarían marchándose de su lado. Cada día estaba más convencido de ello.

Kishur abandonó la cama en cuanto el primer rayo de luz entró por la ventana. Le costaba conciliar el sueño cada vez más, sus noches estaban plagadas de pesadillas. En ellas sentía como intentaban devorar su lanfe, como lo perseguían sin descanso, igual que Osharan había hecho con los dragones grises. Y, sin excepción, cuando el agotamiento se apoderaba de él, acababa en aquella playa de arena clara con el mar en calma: el mundo de Hagnak.

Fue desnudo hacia el espejo y observó con especial atención el tatuaje que Osharan había impreso en su brazo. No era lo único que había cambiado en él; su pupila izquierda emitía un brillo plateado y podía ver la energía del mundo a través de ese ojo. De pronto, la imagen que le ofrecía el espejo comenzó a cambiar. Su cabello se volvió negro. Las cicatrices desaparecieron y sus rasgos cambiaron hasta mostrar el rostro de un dárico más joven. Ese al que veía era Raehlan. Rozó el cristal con las puntas de sus dedos, reconociéndose. Entonces, reparó en la ausencia de ombligo.

«No es posible», se dijo Kishur.

Se quedó un momento inmóvil, consternado ante lo que veía. ¿Es que no nació de un vientre? Porque había tenido padres siendo Raehlan. El reflejo cambió de golpe para mostrar de nuevo su aspecto actual. Las cicatrices regresaron y con ellas el mismo cansancio que lo perseguía últimamente. Pasó la mano por el abdomen, allí donde ahora sí había ombligo. Decidió ignorar su significado, pues ya lidiaba con demasiadas cosas.

Percibió la presencia de Alhanna incluso antes de que comenzara a subir las escaleras. La sentía en todo momento, como si la joven fuera una extensión de él mismo. No habían hablado desde aquella primera tarde tras la batalla, cuando ella le aseguró que no lucharía a su lado. Ambos habían mantenido las distancias, procurando cruzarse lo menos posible. No resultó difícil, pues la joven pasaba casi todo el tiempo con Quiazz. Kishur temía que Alhanna se esfumara en cualquier momento. Sospechaba que continuaba con ellos solo por el estado de Ghiro.

Kishur se colocó los pantalones y ya se abrochaba la camisa cuando ella entró en la habitación sin llamar. Alhanna sonrió al verle. Sin ofrecerle ni una sola palabra, se acercó a él tanto como pudo y miró su ojo izquierdo con suma atención.

—Has cambiado tanto… —comentó muy seria.

—No soy el único, de alguna forma has recuperado tu lanfe y tu tatuaje vuelve a estar completo. —Se fijó en la mano en la que ella tenía la marca de los dragones grises.

En aquel momento, percibió a Alhanna como a una extraña. La joven mantenía encerradas a las criaturas en su interior. Al parecer, estas se negaban a abandonarla para ir al mundo venidero. O eso aseguraba ella; Kishur comenzaba a dudar de sus palabras.

—Espero que la muerte de Eltsay te haya hecho recapacitar un poco. Si sigues empeñado en ir a las Avíseas acabarás perdiendo a los que quedan a tu lado —sentenció Alhanna mientras posaba su mano en el pecho de Kishur—. Te lo ruego, detente ahora que aún estás a tiempo y abandona la lucha. Si vas al Vacío morirás, estoy convencida.

—¿Cuántas veces necesitas que tengamos esta conversación? —preguntó él.

—¡Las que hagan falta! —gritó la joven mientras apartaba la mano y sus ojos se oscurecían de golpe sin que pudiera controlarlo—. ¿Por qué eliges servir al Dragón? Es a mí a quien debes escoger, ¿por qué no puedes hacerlo?

Alhanna se alejó de Kishur y se llevó la mano al estómago cuando sintió como se le retorcía de pura angustia. Un miedo visceral mordía sus entrañas. La idea de perder a Kishur la atormentaba, ¿qué debía hacer ella? Hagnak le había pedido que acabara con la vida del dárico para poder recuperar su lanfe, para ponerlo a salvo. ¿Sería esa la única solución? ¿La única forma de evitar que Kishur fuera al Vacío?

—Lo lamento, Alhanna —dijo el dárico con mesura—, pero no puedo atender a tus ruegos. Y necesito que luches a mi lado,

porque sin tu poder no tendré oportunidad de vencer a los Olvidados. Pretenden asolar Muriath y a sus habitantes con el fin de derrotar al Dragón. Intentaré impedirlo, aún a coste de mi propia vida.

—El mundo no te merece. —Su voz sonó amarga y resignada—. Ni yo tampoco.

Kishur le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con ternura y luego le acarició el pálido rostro. Había algo más en la mirada de Alhanna, escondía algo más.

Abandonaron la estancia en silencio, pues no había nada más que decirse en ese momento. Ambos tenían mucho en que pensar. Kishur temía no ser capaz de mantener a Alhanna a su lado. Decidió darle un poco de espacio, presionarla nunca era buena idea.

En el salón estaban Mayara y Ghiro. Ádria debía encontrarse fuera vigilando la posada, puesto que era difícil expulsar a la gente que se empeñaba en ver al dárico gris. Creían con auténtico fervor que tanto él como Alhanna eran sus salvadores. Intentar convencerles de lo contrario era inútil ya que no atendían a razones. El general había enviado a veinte soldados para patrullar las calles colindantes a la plaza e impedir que los dáricos fueran molestados. En cuanto Ghiro estuviera más restablecido, se marcharían de la ciudad.

Se sentaron en la mesa con los demás. Mayara sirvió té y comieron un poco de pan con mantequilla. Alhanna observó a Ghiro y este le devolvió una sonrisa cansada. Su aspecto había mejorado un poco en comparación a su llegada días atrás, pero aún tenía el rostro hinchado y lleno de moretones, sus ojeras eran cada vez más profundas y al caminar necesitaba apoyarse en un bastón. A Alhanna se le encogía el corazón cada vez que reparaba en su estado. Luego recordaba la ausencia de Eltsay y la invadía una profunda tristeza. ¿Estaría con Tottem y Alfar en el mundo venidero?

—¿Cuándo os marcharéis de la ciudad? —preguntó Ghiro de pronto, atrayendo la oscura mirada de Kishur—. No podéis esperar

a mi recuperación, si ese es vuestro plan. Voy a tardar semanas en poder subir a mi montura, debéis dejarme atrás.

—Tengo asuntos que resolver antes de irme. —Kishur apartó la vista de Ghiro y la concentró en la joven—. Alhanna, quiero que traigas a Quiazz para que pueda hablar con él.

—¿Sobre qué? —preguntó ella con desconfianza.

—Cuando abandonemos Marial-Pat, él vendrá con nosotros. Trataré de hacerle entender que es lo mejor, aunque nos lo llevaremos a la fuerza si es necesario. —Kishur apoyó los codos en la mesa. Alhanna arrugó el entrecejo sin comprender sus motivos—. El chico es el portador de muerte, es la llave de Zahel. ¿Creíste que no lo descubriría?

—Tenía la esperanza, sí —admitió ella con un nudo en la garganta.

Ghiro soltó un largo suspiro que más parecía un lamento. Alhanna dejó caer el pan sobre el plato, acababa de perder el apetito. Antes de devolverle su lanfe, Osharan le había asegurado que el tatuaje no sería capaz de mantener su existencia. Debía ir a Zahel y conseguir el poder necesario para sobrevivir, pero para ello Quiazz…

—¿No te importa sacrificar la vida de Quiazz? —preguntó.

—La profecía puede interpretarse de diferentes formas —intervino el anciano—. La sangre del portador es lo que abrirá la torre, no dice que deba morir.

Kishur negó con la cabeza, pero guardó silencio. Si con solo derramar su sangre fuera suficiente, la torre ya habría abierto su puerta tiempo atrás.

—Puede que por una vez, Ádria se oponga a ti —reflexionó Alhanna—. Espero que defienda la vida de Quiazz por encima de todo, incluso de tus órdenes.

En el fondo, el dárico también lo deseaba.

Contemplar tanta destrucción era desolador. Tardarían meses en limpiar la ciudad, y mucho más en reconstruir los edificios

derrumbados. Quiazz había regresado al puente de piedra que unía las dos torres en las alturas. El viento amenazaba con derribarlo. La huella del fuego blanco podía apreciarse a la perfección desde allí arriba, había dejado una marca ineludible de escarcha que el débil sol no lograba eliminar del todo. No tenían noticias de otras ciudades, pero no guardaba esperanzas de que solo Marial-Pat hubiera sufrido. Levantó la mirada hacia el cielo y se preguntó dónde estarían aquellos dragones y kalastys que lograron escapar. Y lo más importante, cuándo volverían. Se estremecía con solo pensarlo.

—El general te busca. —La voz de Candor-Saz lo sobresaltó. Caminaba con la pipa en los labios—. No deberías deambular por la ciudad sin los escoltas.

—¿Y a quién debo temer? Mira a nuestro alrededor, ni siquiera sé que enemigos tengo ni si siguen con vida. —Quiazz se separó del muro y se arrebujó en la capa—. Hemos enviado halcones a Sílfhades, espero que respondan con ayuda. ¿Sabes algo de Daraes?

—No. Debe estar a punto de llegar a Edmoden. —Le dio una larga calada a la pipa y expulsó el humo despacio—. A estas alturas deberías tener la corona en la cabeza, las cosas serían más sencillas. El consejo vuelve a tener todo el poder, Gastor lo está cediendo de nuevo sin poner resistencia. Lo prefiero a él antes que a los jodidos ancianos.

—No creo que sea el momento de preocuparnos por eso, sino más bien de la gente que sigue tirada en la calle —le reprochó Quiazz—. He abierto algunas de las casas que heredé para alojar huérfanos, pero no es suficiente. Nada de lo que hacemos lo parece.

El ejército tenía demasiadas bajas y Gastor había impuesto la incorporación a sus filas a todo hombre que pudiera usar una espada. Debían prepararse para volver a defender la ciudad si fuera necesario. Quiazz miró al norteño de reojo. Le preocupaba la calma que mostraba Candor y se preguntaba si estaría aguardando

el momento preciso para enfrentarse a los ancianos y derrocarlos, si los señores del Norte aprovecharían esa situación de debilidad. De ser así, a Gastor le costaría controlar la sublevación.

—¿Sabes cuándo se marcha el dárico gris? —preguntó Candor. Quiazz negó con la cabeza—. La endómica no puede irse con él, espero que al menos eso lo tengas claro. Es un arma de la que no podemos prescindir. —Quiazz bufó molesto por el comentario y Candor lo miró de reojo—. La gente ha comenzado a venerarla igual que a una diosa, algunos incluso ya rezan a ese Dios Dragón.

—No creo que el Dragón acudiera con la intención de ayudarnos. —El joven lanzó un cansado suspiro—; solo estábamos en medio de algo.

Candor guardó silencio. Quiazz volvió a mirar hacia la ciudad y clavó sus verdes pupilas en el punto exacto en el que percibía la presencia de Alhanna. La sentía más cerca que nunca, si cerraba los ojos veía su rostro con total claridad. ¿Impedir que ella dejara la ciudad? Más bien, sería ella quien lo obligaría a él a marcharse. Zahel los aguardaba.

Era difícil conseguir algo de comida. En la plaza ofrecían cuencos con caldo, pero había una gigantesca cola para llegar. Litzzia ni siquiera había podido darse un baño, y bien que lo necesitaba. Sus ropas estaban harapientas, llenas de cortes y de sangre seca. Se había recogido el cabello apelmazado en un moño, dejando las orejas acabadas en punta a la vista de cualquiera. Cojeaba un poco al caminar por el corte de la pierna derecha. No era grave, pero escocía al contacto con la sucia tela.

Llevaba días recorriendo las calles de la ciudad en busca de Kishur, pero no era sencillo encontrar su paradero entre tanta destrucción. La gente hablaba del dárico como su salvador, también de Alhanna. Y saber que estaban juntos la mortificaba. Litzzia se estremeció al recordar la imagen del colosal Dragón Negro. Aún tenía pesadillas con semejante criatura. «Fue quien salvó a Alhanna

del Qad'has cuando las flores iban a devorarla», se dijo la joven. Se le encogía el estómago cada vez que reparaba en ello.

Había amanecido hambrienta y con una sed que no lograría saciar fácilmente. El agotamiento hacía mella en Litzzia. Tenía también un poco de fiebre, lo más probable es que el corte se le hubiera infectado. Alcanzó la plaza con la ansiedad palpitando en sus sienes. Soldados humanos custodiaban las calles e impedían el paso a los curiosos. Al reparar en sus orejas acabadas en punta, la dejaron pasar. La observaron con curiosidad, preguntándose qué clase de criatura era. «Una mestiza», quiso gritarles. Se detuvo frente a la fachada de la posada y atisbó a ver una sombra en el tejado. Comprobó que era un hajaek cubierto por la capucha. Su pulso se aceleró; era el sitio correcto.

Entonces, la puerta del edificio se abrió dando paso al dárico gris.

Litzzia se quedó paralizada por la impresión, a pesar de llevar meses buscándolo no se sentía preparada. Quince ágaras aguardando ese momento era demasiado tiempo. Kishur apenas había cambiado desde la última vez que lo vio. El pelo largo y plateado, el rostro inexpresivo, el porte elegante y robusto. Su profunda mirada capaz de robarle el aliento aún sin proponérselo. Por un instante, tuvo la sensación de que volvían a estar en Alviat, y percibió la brisa fresca del bosque en la cara, el perfume de las rosas, el sabor de los labios de Kishur. Su mente olvidó por completo cuanto quería decirle o reprocharle. El rostro del dárico mostró sorpresa y una acuciante preocupación.

—¿Litzzia? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —El sonido de su voz le pareció igual que un torrente de agua helada—. ¿Estás herida? ¿Toda esa sangre es tuya?

Negó con la cabeza y vio como Kishur relajaba los hombros. De pronto, volvió a observarla como en el pasado, con indiferencia. Y eso la enfureció.

—He recorrido un largo camino para encontraros. Faltasteis a vuestra promesa, no volvisteis. —Litzzia pronunció cada palabra

con rabia—. Todo lo que he padecido desde que me llevaron a Alviat siendo infante es por vuestra culpa. Querían que me convirtiera en algo que no era para serviros, y lo único que recibí de vos fue desprecio.

—¿Y has venido a ajustar cuentas? —Kishur lanzó un pesado suspiro.

—Claro que no. —Litzzia apoyó la mano en el pomo de su espada—. Ya nada de eso importa, está en el pasado. Pero necesitaba veros una última vez para deciros que ya no me hacéis falta. Y que ahora soy libre por fin, para escoger mi propio camino y vivir de la forma que yo elija. Sin importar mi raza. No soy dárica. Y por primera vez en mi vida me alegra, porque el pueblo dárico no me merece. Vos, no me merecéis.

La mirada fiera de la joven sorprendió a Kishur, pero esta vez procuró mantener sus sentimientos a raya. Lo que Litzzia olvidaba era que el dárico sí podía percibir claramente el dolor que atenazaba su corazón. Él mismo notaba una zozobra incapaz de controlar, como si estrujaran su garganta para impedirle respirar. Quiso ir hacia ella y decirle que la comprendía. Deseó sumergirse en sus pupilas y abrazarla hasta que el mundo se olvidara de ellos dos. Ignoraba como Litzzia había llegado hasta Marial-Pat, por qué tenía las ropas manchadas de sangre y lucía un rostro tan demacrado, pero en esos momentos solo sentía alivio por tenerla frente a él. Siempre creyó que no volvería a verla, pero allí estaba.

Litzzia bajó la mirada y dio un paso atrás con la clara intención de irse.

—Ahora no puedes marcharte, no te lo permitiré —se apresuró a decir Kishur haciendo que ella se estremeciera—. Intentaste asesinar a Alhanna en Alviat. Me debes una explicación, así que aguardarás aquí hasta que yo lo decida.

Litzzia se quedó inmóvil al oírlo. Lo miró intensamente, con la tristeza dibujada en su rostro. ¿Alhanna era lo único que le importaba? Sonrió con amargura y asintió conforme. Estaba tan

cansada que ni siquiera trató de negarse. Kishur le hizo una señal para que entrara. Litzzia intentó caminar dignamente, cojeando lo menos posible. Cruzó la puerta sin mirarlo y se adentró en la posada. Reconoció a Ghiro, pero no a la dárica sentada a su lado. Buscó a Alfar y se decepcionó al no encontrarlo con ellos. Cuando reparó en la torva mirada de Alhanna dio un brinco.

—Vaya, vaya, mirad a quien tenemos aquí. —Ghiro le sonrió con amabilidad—. Es la hermosa Litzzia de Runna. ¿No te acompaña nadie? —Ella negó con la cabeza—. Pues debe haber sido un viaje muy duro. He visto que cojeas un poco, en cuanto comas algo podemos ver esa herida que tienes en la pierna. ¿Te parece?

—Cre…creo que está un poco infectada —admitió ella con voz trémula.

—Bueno, le echaré un ojo. Pero antes deja que Mayara te acompañe a una de las habitaciones para que puedas darte un baño. —Las palabras de Ghiro fueron una orden para la dárica, que enseguida se puso en pie—. Luego, baja a comer algo, Litzzia.

—Gracias, así lo haré. —Hizo una leve reverencia hacia el anciano.

Sintió la presencia de Kishur tras ella y se apresuró en dirección a las escaleras siguiendo a la dárica. El corazón le latía tan deprisa que comenzaba a asfixiarse. Mayara la llevó hasta una de las habitaciones del fondo, la más alejada. Entraron en una diminuta antesala donde dejó la capa y las armas. Luego, se derrumbó en la cama algo mareada. Agradeció estar en un lugar como aquel, después de tantas noches durmiendo al raso.

—¿De verdad abandonaste Alviat para buscar a mi señor? —preguntó Mayara a bocajarro. Litzzia levantó la mirada hacia ella—. ¿Es que te volviste loca?

—Supongo que sí… He cometido un gran error, ¿verdad? —soltó sin ánimos.

—No soy quién para decirlo, tendrás que averiguarlo —admitió Mayara—. Pero te diré algo que quizá te ayude: él ha cambiado, no es el dárico que recuerdas.

Se sintió insignificante y algo ridícula por creer que Kishur mostraría alegría al reencontrarse con ella. Debió quedarse en Sílfhades. Había estado a punto de morir bajo el acero de los kalastys por nada. Mayara fue hacia la puerta para marcharse.

—¿Dónde está Alfar? No lo he visto en el salón —Litzzia se quitó la chaqueta.

—Es cierto. Fuisteis compañeros y amigos en la academia, él hablaba de ti como de una hermana, lo recuerdo bien. —Mayara rodeó el pomo con la mano, dudando—. Supongo que cuanto antes lo sepas, mejor. Alfar ya no está con nosotros, se marchó al mundo venidero. Lo asesinaron hace unos meses.

Litzzia abrió mucho los ojos y se llevó la mano al pecho. Mayara se marchó sin añadir nada más mientras ella se quedaba desolada. Tardó un poco en procesar lo que la dárica acababa de decir. La brusquedad de sus palabras la había pillado por sorpresa. Alfar estaba muerto. Las lágrimas corrieron por sus mejillas sin que pudiera reprimirlas. A su mente acudió el dulce recuerdo de Alfar, de cuando iban juntos a coger cerezas al jardín del palacio. Estalló en un atronador llanto que arrancó desde lo más profundo de su garganta, sintiendo una pena terrible. Dejó que toda su amargura saliera, gritó contra la almohada. No solo lloraba por Alfar, también por ella misma. Se sintió más desesperada y sola que nunca.

No fue consciente del tiempo que permaneció así hasta que el agotamiento y las lágrimas la dejaron somnolienta. Decidió que era mejor dormir un rato en lugar de bajar y encontrarse a Kishur. Ya tendría tiempo de lamentar haber ido a buscarlo.

Edmoden

Le fascinaba el pueblo y la gran casa apostada en la cima desde la que podía observar los barcos que llegaban a la costa. Se había acostumbrado a pasar la tarde sentado sobre el muro que protegía el recinto. El mar brillaba a lo lejos con el azul de los arándanos. Eduar se escabullía de sus estudios sin que su madre se percatara. Si fuera por Galaera, jamás saldría de su habitación. Llevaban allí varias semanas, esperando la llegada de su tío Daraes. El niño comenzaba a impacientarse. No soportaba estar a solas con su madre tanto tiempo, y mucho menos durante esos días, ya que la encontraba más taciturna que de costumbre. Esa tarde, al volver de su escapada diaria, la encontró sentada en su cama.

La mujer lloraba mientras se acariciaba la abultada barriga. Entró en silencio con miedo de molestarla y que ella le gritara, o le lanzara uno de sus zapatos a la cabeza.

—¿En qué estaba pensando Daraes al traernos aquí? No soporto a la gente que vive en este lugar, me miran como si me conocieran. —Se limpió las lágrimas con los dedos—. Aún no puedo creer que él pasara el invierno en Edmoden. Siempre mantuve la esperanza de volver a verlo. Creí que algún día regresaría, aunque solo fuera por ti.

Se refería a su padre. El hombre del que jamás se hablaba en casa de los Dol: Shudei-Hal. Ya sabían que había muerto meses atrás y Galaera continuaba sin aceptarlo, lamentándose a escondidas y llorando por él. Eduar ignoraba de qué modo consolarla.

—Yo sí estoy aquí y nunca te dejaré —le recordó el niño.

—Te pareces tanto a Shudei que a veces no soporto mirarte. —Ella alzó la vista hacia su hijo—. ¿Qué sentido tiene haberte criado si él no va a venir por ti? No tenía derecho a dejarnos, mi hermano jamás debió permitirlo. Vete. Quiero estar sola un rato.

El niño salió corriendo de la estancia. Sintió que las lágrimas quemaban en sus ojos. Su madre siempre estaba de mal humor, ni siquiera parecía feliz por su embarazo. Al principio, lo asustó que se olvidara de él por completo una vez naciera su hermano, pero ahora creía que ni siquiera la nueva criatura alegraría a su madre. Mientras salía al jardín trató de imaginar el aspecto de su padre. Nunca se molestaron en decírselo, lo único que sabía era que tuvo el cabello negro. A Eduar le habría gustado conocerlo.

Caminó sin rumbo fijo. La penumbra del jardín lo asustó un poco, pero no tanto como las pesadillas que lo perseguían algunas noches y que habían aumentado tras su llegada a Edmoden, como si el lugar despertara algo oscuro en su mente. No se atrevía a hablar de tal cosa con nadie. Despertaba bañado en sudor y temblando de puro miedo y angustia. A veces, sentía que aquellos sueños podían hacerse realidad y eso lo colmaba de temor. Estaban plagados de gente desconocida, de seres de cabello blanco y máscaras rojas como la sangre que mataban a inocentes. Los gritos persistían en su memoria.

Oyó los cascos de varios caballos y salió corriendo hacia el establo. Se arrastró hacia unos sacos amontonados para ocultarse. ¡Era Daraes! Varios hombres aguardaban su llegada, acompañados por otro de sus tíos. Esperó paciente a que bajara del caballo.

—Creí que tardarías unos días más —dijo Emir-Dol.

—Hemos forzado a los animales y dormido poco —respondió Daraes con hastío, ofreciendo las riendas de su montura a uno de los mozos—. Temía llegar tarde. Tenemos una amenaza procedente del mar Cario, lo descubrimos durante nuestra travesía.

—¿A qué te refieres? —preguntó su hermano con marcada preocupación.

Daraes no contestó. Puso una mano sobre el hombro de su

hermano y señaló con la cabeza hacia el escondite de Eduar. El niño conocía de sobra a su tío, así que salió sin que tuviera que pedírselo. Estaba avergonzado.

—Nunca lograré quitarte la maldita costumbre —le reprochó Daraes con la ceja alzada—. Estoy demasiado agotado para regañarte, pero sabes lo que opino sobre espiarme.

—Te he echado de menos —dijo Eduar como defensa.

El hombre sonrió y caminó hacia la casa seguido de los otros hombres. Le hizo una señal a Eduar para que él no los siguiera. El niño resistió las ganas de correr hacia él y abrazarlo. Le habría gustado mostrarle sus progresos en los estudios, o contarle cuantos centímetros había crecido. Puede que su pelo fuera negro en lugar de rojo como el de los Dol, pero Eduar se esforzaba por parecerse a ellos, y quería que Daraes lo viera. Pero luego recordó que quizás a su tío no le importara nada de todo aquello.

«Estás solo, pequeño», dijo una voz masculina en su mente. Eduar se estremeció y salió corriendo hacia su habitación. No era la primera vez que la oía.

Llevaba horas encerrado en su despacho. La carta reposaba en la mesa, junto con el té ya frío. Eran noticias terribles. Daraes contemplaba el mapa tratando de entender cuál era el proceder de los Invasores. Desconocían quienes eran y desde qué tierras venían con sus barcos de acero. Parecía que su intención era conseguir los territorios después de masacrar a su gente. Ya habían tomado un par de pueblos pequeños y Maeros, el mayor puerto comercial del Norte.

Llamaron a la puerta y aguardó paciente a que entrara Galaera. La mujer tomó asiento al otro lado del escritorio con dificultad, el embarazo llegaba a su fin. Después de destituir al gobernador de Edmoden por ocultarle la presencia de Shudei, el Dol había tomado control del pueblo. Ya casi lo tenía todo cerrado para dejarlo en manos de Galaera y su esposo. Serían ellos quienes

gobernasen aquel lugar.

—La maldita hija de Candor-Saz se niega a marcharse —dijo la mujer mientras resoplaba—. Y la quiero fuera de aquí, lo único que hace es incordiar. Altera al servicio.

—Vino para firmar un tratado comercial en nombre de su padre. Los Saz son bienvenidos en Edmoden, no lo olvides. —Le ofreció una gélida mirada—. Pero estoy de acuerdo contigo, esa chica es insoportable. Incluso sus hermanos mayores la temen.

—¿Para qué me has hecho llamar? —preguntó Galaera de golpe.

—Hace unas semanas avistaron barcos desconocidos cerca de Edmoden. Quiero que estéis muy atentos a cualquier movimiento. Los Invasores están lejos por ahora, pero podrían acercarse en cualquier momento. Laccados también se está protegiendo. —Apoyó los codos en la mesa y clavó los ojos azules en su hermana—. No hagas que me arrepienta de haberte cedido este lugar.

—Lo has hecho solo para alejarnos de ti. Pero no me importa. —Galaera se incorporó despacio, con las manos en la barriga—. ¿Te llevarás de Eduar?

—No, es mejor que se quede aquí.

No le gustó el gesto hosco de su hermana. Que era una mujer amargada ya lo sabía, pero detestaba cuando veía cómo despreciaba a su propio hijo. Tenía la esperanza de que el nacimiento de su nuevo vástago le ablandara el corazón. Tuvo ganas de reír al pensar en ello. Él tampoco es que destacara por mostrar su amor hacia los demás.

Daraes se arrellanó en la silla mientras su hermana se marchaba. Galaera y él tenían diferencias insalvables. Daraes nunca le perdonó que se acostara con Shudei y destruyera el acuerdo con los Saz; ella siempre le reprocharía que Daraes no obligara a Shudei a contraer matrimonio. ¿Habrían sido las cosas diferentes entre las dos familias si los amantes se hubieran casado?

Las risas procedentes del patio lo distrajeron. A través de los ventanales que llevaban a la terraza podía ver los árboles y parte del jardín. Los niños corrían alegres. Se fijó en el chico de cabello

rapado sentado de espaldas a su despacho. Eduar leía un grueso libro. Siempre estaba solo y eso atormentaba un poco a Daraes.

Llamaron a la puerta con tanta insistencia y fuerza que enseguida supo de quien se trataba. Tomó aire despacio y se peinó el cabello rojizo hacia atrás.

—Me he cruzado con la amargada de tu hermana —dijo Isela nada más entrar.

—¿Aún sigues aquí? Hace dos días que cerraste tus negocios, deberías volver a tu casa antes de que me acusen de secuestro. —La sonrisa ladina que se dibujó en el rostro de la joven disgustó a Daraes—. Molestas a todo el mundo en esta casa. ¿No te enseñaron a obedecer? Puede que hables en nombre de Candor, pero no eres más que una joven testaruda e indisciplinada.

—¿Y crees que tú podrías educarme? —Isela comenzó a reír al ver el rostro hosco del Dol—. Deberías dar las gracias por mi atención.

Se presionó el puente de la nariz para contenerse. Deseaba echar a empujones a la chica. Era más alta que él y, si continuaba entrenando con el mismo ahínco, pronto sería más corpulenta. Tenía los ojos azules como su padre y el cabello largo y negro. Isela tomó asiento sin permiso y se cruzó de brazos alzando un poco sus pechos de tal forma que él pudiera apreciarlos. Daraes se esforzó en mantener la calma. Esa chica lo sacaba de sus casillas, provocaba reacciones que ninguna mujer había logrado antes. Era demasiado descarada, su nariz desproporcionada y el rostro anguloso disgustaban al Dol. Entonces, la joven sonrió y todo el ímpetu del hombre desapareció.

—Deberíamos casarnos tú y yo. O al menos, acostarnos para acabar con esta tensión que me quema las entrañas —dijo de pronto Isela en susurros—. No vayas a negar que me deseas. Te demostraré lo que es estar con una mujer de verdad.

—¿Acaso pretendes que tu padre y yo nos enemistemos? —Se puso en pie dispuesto a sacarla de allí, aunque fuera a la fuerza—. Vete de aquí.

La joven no se alteró. Desvió la mirada hacia el patio y se fijó

en el niño de diez ágaras que leía ajeno a ellos dos. Una sombra oscura de pelo recién afeitado cubría su cabeza. Parecía un extraño rodeado de tantos pelirrojos. Isela torció una sonrisa.

—¿Ese es el bastardo de Shudei-Hal? Debe haber sido un infierno criarse entre vosotros. Yo llevo aquí un par de semanas y ya tengo ganas de asesinar a toda tu familia. —La chica se puso en pie—. Dicen que es muy inteligente y callado. Te honra que lo hayas educado tú mismo, pero me avergüenza que no le concedieras tu apellido.

—No es asunto tuyo —le espetó el hombre.

—Lo será cuando nos casemos. Esta misma tarde regreso a Laccados, pero has de saber que la próxima vez que vuelva te obligaré a comprometerte conmigo. Tendrás que pedir muchas disculpas. —Ella se acercó a él con calma, saboreando el momento—. A mí por tratarme mal y a Eduar por haberle negado tu apellido. Los hombres como tú merecen una lección. Al menos, una vez en la vida. El orgullo te acabará rompiendo el corazón, Daraes-Dol. Pero no te preocupes, me tendrás a mí para recomponerlo.

Se quedó sin palabras, tal fue la contundencia de Isela. ¿De qué hablaba? Y sin decir nada más, se marchó de allí dejando a Daraes descompuesto. ¿Sabría ella el secreto que guardaba el niño? ¿Que era hijo de un soñador? Miró hacia Eduar y notó una fuerte presión en el pecho. De pronto, comenzó a desconfiar de todos los que habitaban aquellas tierras. Edmoden y Laccados siempre habían destacado por su crueldad hacia los soñadores.

Tendrían que matarlo antes de hacerle daño al pequeño. Acababa de tomar una decisión: Daraes lo llevaría con él cuando dejara Edmoden.

Marial-Pat

La torre se resquebrajaba frente a sus ojos. Grandes cascotes de piedra se amontonaban a los pies de Zahel mientras el polvo lo cubría todo. La tormenta era engullida por el corazón del edificio. Quiazz sintió el tórrido calor quemando su piel. Quería correr lejos de allí, pero su cuerpo no respondía a sus deseos, y el viento lo arrastraba sin remisión hacia el epicentro de la destrucción. Todo temblaba a su alrededor, el suelo se abría a su paso. La furia del temporal aulló antes de desaparecer por completo dentro de Zahel. Luego, un fuerte estallido terminó por derrumbar la torre y cegó sus ojos. Un potente zumbido anidó en sus oídos largo rato.

«Debes derramar tu sangre», dijo la niña dentro de su mente.

Abandonó la pesadilla con el corazón encogido por la angustia. Tanteó la superficie sobre la que estaba tumbado y comprobó que era un sofá. Entonces recordó que descansaba en el despacho de Gastor. Se sentó con la garganta constreñida.

—¿Te he despertado? —Quiazz dio un brinco al oír la voz del general.

—No. —Peinó su cabello con los dedos y se puso en pie muy despacio—. Espero no haber dormido demasiado tiempo. ¿Ha ocurrido algo destacable?

Gastor dejó el papel que ojeaba sobre el escritorio. Se incorporó de la silla con una mano en el dolorido costado y caminó hacia él. Quiazz se sintió culpable por dormir mientras otros padecían fuera de aquel edificio.

—No eres inmortal. Necesitas descansar y cuidar tu salud o pronto tendremos que atenderte a ti también. Solo has dormido

un rato. —Gastor le acarició la mejilla y se fijó en las profundas ojeras—. Estamos haciendo todo lo que podemos. Te necesito con fuerzas para que me ayudes a afrontar este caos.

—Pues yo siento que nada de lo que hago es suficiente. —Agarró la mano de Gastor y entrelazó sus dedos—. Hay demasiados niños desamparados y en la plaza ya no cabe ni un alma más bajo las carpas. Y pronto llegarán las lluvias, las heladas…

—Parte de la ciudad ha quedado en ruinas y eso no es algo que se pueda arreglar en unos días. Me preocupas, Quiazz. —El general lo soltó para ir en busca de un vaso con agua—. Ahora tengo que reunirme de nuevo con mis comandantes. Cuando regrese, seguiremos hablando de esto, así que hazme el favor de volver a dormir.

—¿Y qué pasa contigo? —Aceptó el agua—. ¿Cuándo dormirás tú?

Gastor sonrió a modo de respuesta. Recogió varios informes de la mesa y se colocó la capa antes de salir. Las conversaciones de los soldados llegaban hasta allí arriba. Quiazz notaba el cansancio en cada fibra de su cuerpo, pero su mente no era capaz de parar. Decidió dar un paseo, puede que el aire nocturno lo apaciguara un poco.

Era desolador contemplar el estado de la ciudad: las casas derribadas, las calles ennegrecidas, los árboles arrasados, la suciedad acumulada. El hedor a muerte continuaba impregnando cada rincón. Algo había cambiado en su interior desde la noche de la batalla. No sabía bien el qué, pero sí las consecuencias. Quiazz podía oír con total claridad los gritos de los que habían fallecido, y al cerrar los ojos era capaz de ver a cientos de personas abrasadas por el fuego blanco, con la piel hecha jirones, los ojos derretidos y el cabello quemado. Sentía que caminaban detrás de él, que lo seguían a la espera de que sus muertes fueran resarcidas. Quizás se estaba volviendo loco.

«Eres el portador de muerte y puedes contemplar su belleza», dijo la niña en su cabeza. «Lo sientes, ¿verdad?». Rio a carcajadas.

La pequeña comenzó a cantar con alegría, enturbiando su mente y provocándole una pesadez insoportable. Quiazz caminaba sin reconocer el entorno, aturdido por la voz imperiosa de la niña. Desconocía en qué lugar se encontraba, pero alzó la vista y contempló el interior de una de las torres. Ascendió por una larga escalera, las paredes se estrechaban y ennegrecían como si quisieran asfixiarlo. Un espeso manto de cenizas caía sobre él, ocultando los peldaños de piedra. ¿Estaba en Zahel? La desolación lo arrastró hacia arriba en un intento de escapar de aquel siniestro canto que lo perseguía a todas horas. Decenas de pasos iban tras él, el sonido de la gente calcinada que lloraba de rabia y dolor. Salió al aire libre y se lanzó a la carrera por el puente. El cielo tronaba con una tormenta huracanada.

El aire galopaba salvaje y tiraba de él a cada paso que daba. Al volver la vista, contempló a los pobres desgraciados que alzaban los brazos hacia él; algunos eran niños que lloraban desconsolados. Quiazz retrocedió hasta chocar con la balaustrada tratando de huir de todos ellos. Lo alcanzaron y lo rodearon con sus manos descarnadas. Quiazz sintió como lo impulsaban hacia arriba y observó por un instante el vacío bajo sus pies.

«Ven conmigo, Quiazz. Yo te libraré de todo el mal que te acecha», le pidió la niña. «Salta, y los dos seremos libres».

Algo tiró con fuerza de su camisa y cayó hacia atrás sobre la fría piedra.

—¿Es que te has vuelto loco? ¿A caso pretendías lanzarte al vacío? —Reconoció el acento dárico entre la neblina de su mente.

Un par de manos lo ayudaron a incorporarse y lo sujetaron para que no volviera a caer. Quiazz cerró los ojos y se sujetó la cabeza ante el repentino mareo. Poco a poco, fue recuperando el control de su propia mente. La tormenta había desaparecido, al igual que aquellos espectros. Al levantar los párpados se encontró con Ádria. Estaban en el puente de piedra. El miedo lo atenazó al darse cuenta que Zahel ejercía un poder extraño en él. Parecía controlar incluso sus acciones. Se apartó un poco del dárico, con

quien no había vuelto a hablar desde la noche en la que fue a buscarlo durante la batalla.

—No estoy seguro de lo que ha ocurrido, creí que estaba en otro lugar —admitió Quiazz mientras notaba un penetrante cosquilleo en la nuca—. ¿Qué haces aquí?

—Te seguía desde que abandonaste el cuartel y me fijé en que caminabas como si estuvieras dormido. —Ádria se asomó por el puente como si esperara encontrar algo que le explicara lo sucedido—. Si no llego a tirar de ti, te habrías precipitado al vacío.

—¿Por qué razón venías tras de mí? —quiso saber el joven.

Ádria no respondió, se limitó a contemplar al joven con aquellos ojos negros que parecían leer su mente. Quiazz trató de mantenerle la mirada, pues no podía olvidar su última conversación antes de la batalla. El dárico le había dejado claro que no quería saber nada de él. Pero entonces, ¿qué hacía allí arriba?

—¿Es cierto que eres el portador de muerte? —preguntó Ádria.

Quiazz se tensó de inmediato y el dárico no necesitó su respuesta para conocer la verdad. El joven enmudeció cuando el rostro de Ádria se contrajo por la rabia. Dio un paso atrás de forma inconsciente, pero el dárico no le permitió alejarse más y acortó la distancia entre ellos. Quiazz alzó la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Puedo sacarte de la ciudad ahora mismo si me lo pides. No tienes por qué ir a Zahel —Ádria habló con calma y voz grave—. Ya has padecido suficiente.

—Empiezo a creer que ir allí es el menor de mis problemas —dijo él con un nudo en la garganta—. El poder que encierra la torre extiende su influencia a pesar de la distancia. Me habla como si estuviera a mi lado. Ir a Zahel acabará con eso.

Mentiría si dijera que no deseaba huir y esconderse en el lugar más lejano que encontraran, pero estaba convencido de que Zahel nunca lo dejaría en paz.

—Ya que has venido a buscarme, cuéntame nuestra historia. —Quiazz se sentó en el escalón y apoyó la espalda en el murete de piedra—. Me debes la verdad, ¿no te parece? Supongo que dentro

de poco os marcharéis de la ciudad y no creo que volvamos a vernos. Tampoco tiene sentido que lo hagamos, dejaste claro que me querías lejos de ti. Pero antes, necesito saber cómo murió mi madre y por qué me llevaste al holeoj en lugar de abandonarme.

Creyó que se negaría. Sin embargo, el dárico tomó asiento a su lado.

—Fui cruel contigo cuando viniste a la posada porque pensé que era lo mejor para ti. Lo lamento. Relataré lo que deseas, por muy doloroso que vaya a resultarte. —Ádria giró la cabeza para mirarlo a los ojos—. Nuestras leyendas aseguraban que la llave de Zahel nacería rodeado de muerte y sangre. Voy a contarte por qué, además de darte el nombre de Quiazz, te convertí en el portador de muerte sin saber lo que hacía.

La tristeza con la que se pronunció conmovió a Quiazz, que asintió muy despacio. Su corazón latía a toda velocidad, anticipándose a la historia. Por fin, iba a conocer toda la verdad sobre sus orígenes. Pensó en Zaraen y lamentó que estuviera muerto.

Entró furioso en el despacho. Gastor dejó la espada en la mesa y paseó por la estancia. Los ancianos no paraban de poner obstáculos en su camino. La gente moría sin que ellos se decidieran a abrir las puertas del palacio. Podrían instalar a los enfermos que ya no cabían en la plaza. El gran edificio no les servía de nada más que para que los nobles y políticos se pavonearan todo el día por los amplios pasillos.

Quiazz no se encontraba allí y tuvo la esperanza de que hubiera regresado a su casa para descansar. Si seguía esforzándose tanto el agotamiento le haría enfermar. Oxa entró al cabo de un rato cargando con una bandeja que prometía una buena taza de té. Ella también mostraba un aspecto cansado.

—Quería avisarte de algo —comenzó a decir la chica mientras servía la bebida caliente—. Un numeroso grupo de mujeres han contactado conmigo tal como habías previsto. Quieren entrar en el

ejército y no están dispuestas a recibir una negativa. Les prometí que mañana me reuniría con ellas tras hablar contigo.

—Bien. Dame unas horas y te daré indicaciones. —Gastor se pasó la mano por la nuca—. Necesito soldados, y ellas aprender a defender su hogar y a su familias.

—Las que aún tienen allegados a los que proteger. —Oxa paseó por la estancia.

Abrir las puertas del ejército a las mujeres no iba a ser una tarea sencilla: Oxa tan solo había sido el comienzo. Pero debía suplir las numerosas bajas sufridas en la batalla. Sabía que muchos de los soldados más veteranos estarían en contra, aunque esperaba que la desoladora situación que vivía la ciudad dejara sus prejuicios a un lado. Observó a Oxa y se preguntó si estaría preparada para coordinar el ingreso de sus nuevas compañeras. No quería dejarlo en otras manos, ella se había ganado ese derecho.

—Esta información me la podría haber dado tu responsable, ¿te has preocupado en preparar el té solo para verme un rato? ¿O es que esperabas encontrarte con Quiazz? —Gastor se puso en pie y sonrió cuando Oxa lo fulminó con la mirada—. Debo irme. La próxima vez ve directamente a verlo a él. Seguro que le agradará tu visita.

—No saques tus propias conclusiones —dijo ofuscada.

Gastor le guiñó un ojo y recogió su espada. Salió de la estancia dejando a una Oxa pensativa. No podía negar que ella y Quiazz compartían la misma sangre, incluso el mismo orgullo. ¿La había buscado Zaraen para salvarla? Los otros nombres que aparecían en la lista de Zaraen eran chicos y chicas desaparecidos o asesinados. Y eso preocupaba al general porque Quiazz y Oxa podían estar en peligro.

Quiazz regresó a su casa de madrugada. Se detuvo frente a la puerta de su hogar, aun le temblaban un poco las manos. Su corazón continuaba latiendo con fuerza, azuzado por la ansiedad. El dárico había narrado con total sinceridad lo acontecido la noche

de su nacimiento; las muertes de sus familiares, quiénes arrebataron la vida de la madre y hermana de Ádria. Sonrió con tristeza al recordar cómo había hablado de Salay, sobre aquellos instantes en los que la abrazó para acompañarla hacia la muerte.

El dárico no asesinó a su madre como le hicieron creer a Zaraen. «Yo te convertí en la llave sin saberlo», se había lamentado Ádria. Quiazz no creía que él fuera responsable de su aciago destino, tan solo formaba parte del entramado que habían tejido a su alrededor.

—Supongo que pronto volverás a dejarme atrás —le dijo Quiazz al despedirse.

—Salvo si me pides que te saque de la ciudad. No podré quedarme contigo, pues mi vida está ligada al servicio de mi señor, pero procuraré llevarte a un lugar seguro. —Ádria aguardó una respuesta hasta que Quiazz negó con la cabeza—. Lo imaginaba. En el fondo me enorgullece que muestres tanto valor. A veces, he tratado de imaginar cómo serían nuestras vidas si hubiera ido a buscarte al holeoj cuando eras un niño. Me gusta pensar en los sitios que habríamos visitado, las cosas que te habría mostrado…

Ádria guardó silencio y alzó la mirada al cielo. A Quiazz le bastaba con eso, con saber que a pesar de todo no se olvidó de él. Sin duda, su vida habría sido muy diferente si el dárico lo hubiera criado. ¿Dónde estarían en esos momentos? ¿Llevarían una vida más apacible? Sonrió al pensarlo. Se despidieron poco después y Quiazz percibió que se libraba de un peso en su corazón.

Entró en la casa y se deshizo de las botas, la capa y la chaqueta. Se sintió más liviano mientras caminaba hacia el dormitorio. Allí lo esperaba una tetera humeante y la compañía de Gastor. El general leía unos papeles sentado en la cama. Era extraño verlo allí, aún tenían una conversación pendiente y asuntos entre ellos que resolver, algo que la batalla había impedido. Pero por alguna razón, Quiazz no necesitaba hablar, solo estar con él y aprovechar los escasos momentos que compartían.

—¡Por fin! ¿Dónde te habías metido? Estaba a punto de ir a buscarte yo mismo —le reprochó Gastor dejando las hojas a un

lado—. Envié hace un rato a los escoltas, supongo que tardarán en volver. Te dije que trataras de dormir.

—No era mi intención preocuparte. Me encontré con Ádria. —El joven sonrió y tomó asiento a su lado—. Puede que esos guardias que pusiste para vigilarme sigan siendo necesarios. Hoy he descubierto muchas cosas. Una de ellas es que la familia de mi padre, los Nel, fueron quienes encargaron el asesinato de mi madre. También debían matarme a mí, pero la intromisión de Ádria lo impidió. Por eso no me trajo con Zaraen y me dejó en un holeoj, para protegerme de ellos.

Buscó la reacción de Gastor y no halló lo que esperaba.

—Ya lo sabía, Quiazz. Lo descubrí por medio de los gaeshan —admitió Gastor—. No te enfades, mi intención nunca fue ocultártelo, pero ya lidiábamos con demasiadas cosas. Y me preocupaba que quisieras buscar justicia. Mejor dicho, me asustaba.

—No soy tan idiota. Los Nel asesinaron al juez que guardaba el testamento de mi padre. —Recordó entonces la muerte del pobre mayordomo—. Y estoy seguro que ellos fueron los que enviaron a los asesinos aquella noche. Si no hubieras aparecido…

—Pero lo hice. —Gastor no lo dejó terminar.

Ambos sonrieron. El general apartó el pelo de la cara de Quiazz, volvía a tenerlo demasiado largo. Enredó sus dedos en algunos mechones a la altura de la nuca. Acercó su rostro y lo besó con cautela. Quiazz cerró los ojos y correspondió a su gesto. Sus labios se entrelazaron durante un buen rato mientras la respiración de los dos se volvía más apresurada y entrecortada. El deseo subió por la garganta de Quiazz y gimió contra la boca de Gastor. Aquello no era suficiente, necesitaba mucho más.

—No me hagas perder la paciencia, Gastor. He llegado al límite —murmuró el joven mientras exponía su cuello y el general lo besaba.

—Mañana podrías arrepentirte —le dijo mientras lo miraba de nuevo a los ojos.

—¿Arrepentirme de amarte? No seas imbécil. —Rio con suavidad y se abrazó a él empujándolo contra el colchón—. No hemos llegado tan lejos para tener miedo ahora.

La contención de Gastor se resquebrajó ante sus palabras y lo besó de nuevo con renovada pasión. Sintió hormigueos en los dedos mientras le desabrochaba la camisa y recorría con ellos la piel de su torso. Se echó sobre él mientras lamía su clavícula. Quiazz se cubrió el rostro con el antebrazo y Gastor lo retiró. No permitiría que ocultara aquellas pupilas tan hermosas, había soñado demasiadas veces con los ojos verdes de Quiazz. Por fin podía contemplarlos sin esconderse.

Fueron desprendiéndose de las ropas poco a poco, sin prisas. Tenían toda la noche para amarse. Enredaron sus cuerpos entre las sábanas. Se besaron, se acariciaron, y se unieron como nunca antes lo habían hecho. Los gemidos invadieron la estancia. En los brazos de Gastor, el miedo y las dudas de Quiazz se esfumaron, incluso la niña de Zahel guardó silencio. Su mente y su corazón pertenecían al general.